



El pastor en nuestros tiempos

POR: CHARLES SPURGEON

Blog [Soldado de Jesucristo](#)

[https://www.facebook.com/soldadojesucristo2/?refid=52&
tn =C%20](https://www.facebook.com/soldadojesucristo2/?refid=52&tn=C%20)



EL PASTOR EN NUESTROS TIEMPOS

En la presente ocasión, deseo decir algo que sea adecuado para nuestros tiempos. Nunca he predicado, según la expresión de moda, para nuestra época, pero no obstante, quisiera hablar *con referencia* a ella, porque creo que una palabra oportuna pronunciada ahora puede ser de bendición también en tiempos venideros. Esta época me impresiona de tan diversas maneras, que es preciso efectuar un rápido repaso y tocar brevemente una amplia gama de materias, en vez de limitarme a un sólo tema. Aceptadme esta vez que os hable de esta manera.

En primer lugar, reflexionemos acerca de LA POSICIÓN DEL SEÑOR EN NUESTRA VIDA. Aquí nos encontramos con muchos puntos que es preciso proclamar claramente en nuestra predicación. Podéis tener la seguridad de que no haremos bien lo demás si no pensamos correctamente en Él. Al formar nuestro sistema de astronomía, ¿dónde ponemos el sol? Si no estáis bien seguros en cuanto a ese punto cardinal, el resto fallará. Si no habéis descubierto el verdadero «tabernáculo del sol», no estoy muy interesado en saber dónde ponéis a Marte o a Júpiter. ¿Qué lugar ocupa Cristo en vuestro sistema teológico? ¿Qué lugar ocupa en vuestros pensamientos? ¿Qué lugar ocupa con referencia a ti mismo, a tu trabajo, y a tus semejantes?

Muchos son los aspectos bajo los cuales hemos de considerar a nuestro divino Señor, pero es preciso que siempre le dé la mayor prominencia a su carácter salvador como *Cristo nuestro sacrificio y propiciación*. Si ha habido





UN MINISTERIO IDEAL

alguna vez una época en la que se necesitara especialmente estar seguros, y ser claros y vehementes en cuanto a este punto, es precisamente ahora. El estandarte de la cruz ha de abrir camino actualmente. No podemos permitirnos el lujo de colocar la expiación en el armario como si fuera una verdad que ya se da por descontada, dejándola entre las curiosidades de la fe poco práctica. Tampoco podemos permitirnos emplear palabras y frases ortodoxas sobre este tema como quien repite el lenguaje de una liturgia; es preciso que creamos vital e intensamente la verdad por nosotros mismos, y tenemos que actualizarla con toda la energía de nuestro ser. Es preciso predicar a menudo, claramente y con énfasis, la verdad vital de la expiación de nuestro Señor; y, si no es así, no hemos aprendido a Cristo correctamente, ni lo enseñaremos eficazmente. Tratar de predicar a Cristo sin su cruz, es traicionarle con un beso.

Observo que ciertas personas afirman creer en la expiación, pero se niegan a decir lo que significan sus afirmaciones. ¿Acaso no significa esto que en realidad no tienen un conocimiento claro de ella, y que posiblemente no creen de veras en ella? Todos tenemos una teoría de lo que sabemos; por lo menos, podemos expresar lo que entendemos. Hemos oído hablar de los hombres de Atenas, y del altar que habían erigido «al Dios desconocido»; en Inglaterra, tenemos filósofos que creen en una expiación desconocida. De este modo, podemos concebir que «adoren en ignorancia». Robertson, el de Brighton, era ortodoxo comparado con muchos de nuestra época moderna; pero alguien dijo de él que enseñaba que el Señor hizo algo que, en cierto modo, estaba más o menos relacionado con nuestra salvación. Aunque no era muy firme, era mejor que la doctrina de nuestros días. Ahora hay quien piensa que es absurdo creer que lo que sucedió en el Calvario hace tantos siglos, pueda tener relación alguna con los pecados de hoy. Otros, que no hablan tan alocadamente, niegan, sin embargo, que nuestros pecados pudieran ser imputados al Señor Jesús, y que su justicia pudiera sernos imputada a nosotros; esto, dicen, sería inmoral. El





aspecto ético de la expiación suele ser defendido y presentado de manera hermosa y atractiva al pueblo; pero no estamos satisfechos de esta posición parcial ante un tema tan grande. Cualquiera que sea la sombra de la expiación, o sea su influencia ética, creemos que había en ella una sustancia, y que si se quita la sustancia, también desaparece la sombra.

No tenemos teorías de confección casera; sino que nuestro testimonio solemne es que Él «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero». Aunque lo llamen inmoral, como algunos han tenido la imprudencia de hacer, seguimos creyendo que Dios «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado; para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él». «El castigo de nuestra paz fue sobre Él», pues «Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros». A todos nos haría bien repasar los textos del Antiguo y Nuevo Testamento que se refieren a esta verdad fundamental; hay muchos y son decisivos. Si usamos el lenguaje en su sentido natural, no podemos escapar a la creencia cierta de que la Escritura nos enseña a ir a Dios por medio de Jesucristo, creyendo que Él llevó nuestro pecado sobre sí mismo, y sufrió a causa de ello, para poder entregar al gobierno moral de Dios la paga por la deshonra que la rebelión del hombre había causado. A través de su sangre, hay perdón; y a causa de su satisfacción vicaria, la culpa es quitada, y el creyente es «acepto en el Amado».

Los que descartan la expiación como satisfacción por el pecado, eliminan también la doctrina de la justificación por la fe. Es inevitable. Hay un elemento común que es esencia de ambas doctrinas; de modo que si negáis una, destruíis la otra. El pensamiento moderno no es otra cosa sino la tentativa de volver a introducir el sistema legal de la salvación por las obras. Nuestra batalla es la misma que la de Lutero en la Reforma. Si vais al fondo y raíz de todo, se quita la gracia y en su lugar se introduce el mérito humano. El acto de la gracia de Dios al perdonar el pecado queda excluido, y el esfuerzo humano es todo en todos, tanto en lo referente a los pecados pasados como





UN MINISTERIO IDEAL

a la esperanza futura. Cada uno tiene que presentarse ahora como su propio salvador, y la expiación es archivada como un fraude piadoso. No voy a ensuciarme la boca con las viles frases que se han usado para referirse a la obra de sustitución del Señor Jesucristo; pero es una herida dolorosa el notar cómo estos males son tolerados por hombres a quienes respetamos.

En nuestro ministerio, hermanos, no cesaremos de predicar resuelta y claramente el sacrificio expiatorio; y os diré por qué me propongo hacerlo. Personalmente no tengo ni la sombra de una esperanza de hallar salvación en otro lugar: si Jesús no es mi sustituto, estoy perdido. Me he visto acorralado por el apremio de mi pecado personal y he llegado a desesperar de obrar o de ser de tal manera que Dios me pueda aceptar por mí mismo. Es preciso que tenga una justicia perfecta y divina; pero al mismo tiempo, no está en mi poder crearla. La hallo en Cristo: leo que será mía por la fe, y por la fe la tomo. Mi conciencia me dice que debo pagar a la justicia de Dios un precio por la deshonra causada a su ley, y no puedo hallar nada que se parezca a tal precio hasta que miro a Cristo Jesús. ¿No recuerdo acaso el momento en que por primera vez miré a Él, y fui iluminado? ¿No es cierto que recuerdo cuántas veces he ido como pecador a los pies de Cristo, y he mirado nuevamente sus heridas, y he creído otra vez para vida eterna, sintiendo el antiguo gozo renovado en el acto? Hermanos, yo no puedo predicar nada más, porque no conozco otra cosa. Los nuevos dogmas podrán ser ciertos o no; pero de la verdad de esta doctrina estoy seguro.

Si alguno aquí predica la expiación, pero no le gusta hacerlo, no me atrevo a aconsejarle que deje de predicarla, pero las palabras me tiemblan en los labios. Estoy firmemente persuadido de que el predicador poco dispuesto o de corazón frío en cuanto a cualquier doctrina, es el peor enemigo de la misma. A la larga, todo se reduce a esto: que las heridas recibidas por la verdad en casa de los falsos amigos son peores que las causadas por los enemigos. Si





EL MINISTRO EN NUESTROS TIEMPOS

no amas la cruz en lo más hondo de tu corazón, harías mejor en dejarla. Puedo decir en verdad que yo predico la expiación con amor, con todo mi corazón. Algunos parecen pensar que nosotros, los infelices de la escuela puritana, estamos «encerrados, enjaulados y confinados» por rígidos dogmas de los cuales de buena gana escaparíamos. Se imaginan que hemos de frenar toda aspiración a manifestar nuestra personalidad, con objeto de preservar la tiranía de cierto sistema férreo. Se supone que Juan Calvino nos domina como una pesadilla, y que vivimos como perros bajo su látigo. La realidad, hermanos, es muy otra. Poco saben estos difamadores lo que es nuestra felicidad y nuestra paz. Si sienten más gozo en la predicación que nosotros, grande es su dicha; pero si hemos de juzgar por su tono y estilo, hemos de ponerlo en duda. Los observadores habrán notado que el elemento del gozo ha desaparecido de muchos púlpitos. El predicador no disfruta de su propio tema de predicación, y rara vez habla de haber estado en el Espíritu mientras hablaba. Le gusta mucho más predicar veinte minutos que cuarenta; y es especialmente propenso a fundir los dos cultos nocturnos de entre semana en uno sólo. Nadie disfruta con la doctrina moderna, porque no hay nada que disfrutar en ella. La congregación ha de hacer lo que pueda con esa sopa que nuestro amigo mencionaba anoche con tanto acierto; una sopa hecha con un hueso prestado, que se había usado con fines similares en los seis días anteriores, de modo que ya no le quedaba sabor a carne. No; que nuestros oponentes aparten de su mente todo sentimiento de conmiseración por nuestro estado de esclavitud bajo el antiguo Evangelio. Somos nosotros los libres, aquellos a quienes el Señor hace libres, y los esclavos son los demás. Me gustaría levantarme de la cama en los últimos cinco minutos de mi vida, para dar testimonio del divino sacrificio y de la sangre que expía el pecado. Entonces repetiría aquellas palabras que hablan más positivamente de la verdad de la sustitución, aunque mis oyentes se horrorizaran; pues, ¿cómo habría de saberme mal, si en el cielo mis primeras palabras han de ser para atri-





UN MINISTERIO IDEAL

buir mi salvación a la sangre de mi Señor, que mi último acto en la tierra fuese horrorizar a Sus enemigos con un testimonio del mismo hecho?

También sostenemos que Cristo Jesús es *el único Mediador y Sumo Sacerdote*. Y esto nos hace mirar indignados las afirmaciones de la superstición. Todavía existe en Inglaterra lo que en nuestra juventud creíamos que había desaparecido, es decir, el evangelio del sacerdocio; el clericalismo de la antigua Roma, pero sin el carácter venerable de las cosas antiguas. Hay entre nosotros hombres que afirman ser sacerdotes en un sentido diferente de aquél en que todos los creyentes son sacerdotes ante Dios. Según este sueño, el Señor Jesús no sería, en Sí mismo, un mediador suficiente en todo; es decir, podría ir hasta cierto punto en dirección a Dios; pero en dirección al hombre, entre el hombre pecador y Cristo el Señor, hay una brecha que sólo podría llenar el que participe de una imaginaria sucesión apostólica. Desde luego, los sacramentos, debidamente administrados, se presentan como canales seguros de la gracia. Aún oímos aquellas palabras: «El Bautismo, en el cual fui hecho miembro de Cristo, hijo de Dios, y heredero del reino de los cielos». En manos sacerdotales, el pan y el vino sufren un cambio milagroso, muy parecido a la transustanciación católico-romana. Se da mayor importancia a los sacramentos debido a que son administrados por sacerdotes, siendo así un estrado sobre el cual el sacerdote puede colocarse en un nivel superior. La iglesia, el altar, el sacerdote, son aclamados sin medida; pero, sin embargo, no son el Señor Jesús, sino rivales de Su sacerdocio. Oímos como se afirma, y se enseña continuamente a los pobres, que cualquiera que se dedique a enseñar el Evangelio, aunque pueda probar su doctrina por medio de la Biblia, y pueda ver bendición en su ministerio, ha de ser denunciado como cismático, a menos que haya recibido la imposición de mano episcopal. Partir el pan juntos como creyentes en el Señor Jesús no es permitido a los cristianos ordinarios; y si se atreven a hacerlo, son acusados de cismáticos, crimen horrible, que





al parecer es varios grados peor que el adulterio o el asesinato. Aunque fueras culpable de fornicación, podrías ser perdonado, e incluso podría ser difícil privarte de los sacramentos; pero si perseveras en el cisma, habrás de perder la esperanza.

Hermanos, protestemos con la máxima energía contra este avivamiento de la superstición. No toleremos nada entre el alma y Cristo. Es posible que, en Londres, esta presunción sacerdotal no sea tan ofensiva y claramente perceptible para vosotros; pero muchos hermanos de los aquí reunidos han de verlo ante sus propios ojos cada día, y sentir su férrea mano puesta especialmente sobre los pobres. Dondequiera que van, encuentran que hay hombres que afirman ser algo como brahmanes, cuya bendición es indispensable. A los pecadores no se les permite venir a Cristo directamente, por su propia cuenta; se presenta el camino de salvación que pasa por el sacerdote oficial. Protestad activamente contra este error. Aunque vaya acompañado de cierta medida de enseñanza evangélica, es mortífero.

Hemos de ser celosos hasta el punto de no tener complicidad alguna con esta superstición. Hermanos míos, no seáis sacerdotes vosotros mismos. Es muy posible darse aires de jerarca, aunque oficialmente no seáis más que pastores no conformistas. Hay una manera de vestir, cuya afectación no es digna de encomio. Hay una manera de hablar, cuya imitación no es recomendable. Hay una presunción de superioridad que mira a las personas comunes como laicos; tal pomposidad es ridícula. Evitad las maneras de ciertos clérigos que parecen decididos a conseguir que su congregación piense que un ministro es una persona especialmente honorable, y que el resto de los miembros de la iglesia casi no deben aventurarse a opinar de modo diferente a él. Dígase lo que se quiera sobre el tema de que todos los creyentes en Cristo son una generación de sacerdotes; aún hallamos entre nosotros personas vanas que aspiran a que se les tenga por poseedores de una especialidad mística. Nuestra función de





UN MINISTERIO IDEAL

pastores merece ser respetada, y lo será si se desempeña debidamente; pero he observado que algunos, muy deseosos de ensalzar su propio cargo, en realidad tratan de ensalzarse a sí mismos. No obstante, mientras el oficial ha ascendido, el hombre ha descendido. Uno ha llegado a preguntarse cómo es posible que un hombre tan pequeño haya alcanzado un cargo tan grande. Ayer oí una pregunta a la cual aún no he hallado respuesta satisfactoria; era la siguiente: «¿Qué es peor, el hombre que sabe predicar y no quiere hacerlo, o el hombre que no sabe predicar y quiere hacerlo?» Me temo que tenemos entre nosotros algunos del segundo tipo; pero si suponen que el mero hecho de haber sido escogidos para un pastorado les ha dotado de poder peculiar, se engañan a sí mismos.

Permitidme que os diga, en voz baja como un susurro, que hay entre nosotros mismas cositas que conviene vigilar cuidadosamente, pues de lo contrario veremos cómo la levadura del ritualismo y el sacerdocio obra en nuestras medidas de harina. Quizá convendría cambiar de proceder en nuestros cultos de avivamiento. Acaso cerrar a veces la sala de entrevistas después del culto. Tengo mis aprensiones en cuanto a tal institución si se usa permanentemente, y como parte inevitable de los cultos. Podrá ser muy sabio invitar a las personas, interesadas espiritualmente, a dejar al resto de la congregación para conversar con personas piadosas; pero si descubris que se está formando el concepto de que en la salita cerrada se puede obtener algo que no se puede recibir en seguida en la reunión, o Dios está más presente en aquella forma de arrepentimiento que en otra parte, atacad inmediatamente semejante idea. No tenemos necesidad de volver a los antiguos caminos de altares y confesionarios, y de la restauración del fraude romanista en forma más primitiva. Si hacemos creer a los hombres que su conversación con nosotros o con nuestros ayudantes es esencial para la fe en Cristo, estamos encaminándonos directamente al clericalismo. En el Evangelio, el pecador y el Salvador han de unirse sin que nadie estorbe en medio. Hablad muy





claramente sobre este punto. «Tú, pecador, sentado donde estás, si crees en el Señor Jesucristo, tienes vida eterna. No esperes a entrar en la sala de entrevistas después del culto. No creas que es esencial conversar conmigo. No supongas que yo tengo las llaves del reino de los cielos, o que estos hombres y mujeres piadosos que están ayudándome pueden hablarte de otro Evangelio que éste: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna».

A continuación, procuremos presentar al Señor Jesucristo como *Maestro infalible*, a través de su Palabra inspirada. No entiendo la lealtad a Cristo que va acompañada de indiferencia hacia sus palabras. ¿Cómo podemos reverenciar su persona, si sus propias palabras y las de sus apóstoles son tratadas con poco respeto? A menos que recibamos las palabras de Cristo, no podemos recibir a Cristo; y a menos que recibamos las palabras de sus apóstoles, tampoco recibimos a Cristo; pues Juan dice: «El que conoce a Dios, nos oye: el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error». Es preciso que amemos y reverenciamos todas las enseñanzas de nuestro Señor; y si no lo hacemos, contruimos nuestra casa sobre la arena. Es importante conocer a Cristo como la verdad; pero también lo es conocerle como el camino y la vida. Algunos excelentes hermanos parecen pensar más en la vida que en la verdad; pues cuando les advierto que el enemigo ha envenenado el pan de los hijos, responden: «Querido hermano, lamentamos enterarnos de ello; y para contrarrestar el mal, abriremos la ventana, y les daremos aire puro». Sí, abrid la ventana, y dadles aire puro por todos los medios. No podéis hacer cosa mejor, en vista de muchas cosas; pero, al mismo tiempo, deberíais haber hecho esto, sin dejar de hacer lo otro. Arrestad a los envenenadores, y abrid también las ventanas. Mientras los hombres sigan predicando falsa doctrina, podéis hablar tanto como queráis acerca de la profundización de la vida espiritual, pero fracasaréis. Mientras hagáis una cosa buena, no descuidéis otra. En vez de decir que la vida es más importante, o que lo es la verdad, o el cami-





no, unámonos en la firme creencia de que cada una de estas cosas es igualmente importante, y que una no puede sostenerse bien y llevar una buena marcha sin las demás.

Algunos abandonan las enseñanzas de Cristo por pura extravagancia y amor pueril a las novedades. Para los hermanos más jóvenes, las falsas doctrinas son como una especie de enfermedad infantil, algo como un inevitable sarampión espiritual. Deseo que se recuperen de la dolencia y confío que ésta no les deje secuela alguna. Con profunda ansiedad he estado observando las mentes infectadas con esta virulenta epidemia; y me he gozado en ver cómo la racha de incredulidad se marchaba completamente, mientras el paciente decía: «A Dios gracias, nunca más volveré a pasar por *ahí*». No obstante, es lástima que haya tantos que encuentren necesario atravesar el camino fangoso que ya ha manchado a otros. Me recuerdan a cierta dama mundana, a quien su ministro, observando la gran frivolidad de que daba muestras, le dijo: «Salomón ha dicho: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad»». «Sí», replicó ella, «sé lo que dijo Salomón; pero él lo descubrió por su propia experiencia personal, y a mí me gustaría hacer lo mismo». Desde luego no tenía nada de Salomón; pues los sabios se aprovechan de la experiencia de los demás. Si habéis visto a otros ir por lana y salir trasquilados, la prudencia aconseja que no vayáis vosotros.

Algunos caen en la duda a causa de una sinuosidad interna. Hay hombres que inician nuevas doctrinas debido a que «hay algo podrido en el reino de Dinamarca», y, en la podredumbre, preciso es que crezcan toda clase de hongos. Quizá hayáis leído la «Historia Natural» de Plinio. Si no la habéis leído, no hace falta que lo hagáis, pues tiene poco de natural, y mucho de fabulosa. Plinio nos cuenta que cuando el elefante va a un estanque, y se ve reflejado en el agua, queda tan disgustado ante su propia fealdad que remueve el agua inmediatamente, hasta enturbiarla, para no verse. Nunca ha existido tal elefante, pero he visto hombres que se le pueden comparar. La Sagrada Escritura no está de acuerdo con lo que ellos





piensan; por lo tanto, peor para la Sagrada Escritura. Tal y tal doctrina no se adapta a sus gustos, de modo que es preciso tergiversarla, o negarla. Lo que hay en el fondo del «pensamiento moderno» es un corazón no regenerado. Los hombres son modernistas en doctrina porque nunca pudieron revestirse de puritanismo, debido a que carecían de la renovación de sus entendimientos.

No dudo que algunos han remendado las enseñanzas y el Evangelio de Cristo, con el deseo de hacer más bien. En los avivamientos se permite decir y hacer cosas que nadie podría justificar. ¿Habéis observado actualmente cómo se presenta el Evangelio? No voy a pronunciar juicios condenatorios sobre nadie en particular, pero estoy leyendo continuamente la exhortación: «Entrega tu corazón a Cristo». La exhortación es buena, pero no permitáis que sustituya al mensaje del Evangelio: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo». En la escuela dominical, la enseñanza suele ser: «Queridos niños amad a Jesús». Ahora bien, esto no es el Evangelio. El amor a Cristo viene como fruto, pero el Evangelio dice: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo». Si pensamos que haremos más bien colocando otra exhortación en lugar del mandamiento del Evangelio, nos encontraremos envueltos en graves dificultades. Si, por un momento, nuestras reformas parecen producir un resultado mayor que el antiguo Evangelio, será en el crecimiento de setas, quizá venenosas; pero no en el crecimiento de árboles del Señor. Ciñámonos a la Palabra de Cristo como Maestro infalible para nosotros en estos días de peligro, y seamos en extremo celosos de la verdad; de lo contrario, quizás seamos seducidos con drogas, como Pompeyo engañó a ciertas ciudades que no querían abrir las puertas a sus tropas. Les dijo: «No os pido que alojéis a mis ejércitos; pero hay aquí unos cuantos hombres enfermos y heridos, a quienes os pido permitáis descansar entre vosotros». Cuando los inválidos se encontraban dentro de las murallas, abrieron las puertas, y los habitantes fueron sometidos fácilmente. No permitáis la entrada a los pequeños errores que suplican un poco de tolerancia; pues,





UN MINISTERIO IDEAL

de lo contrario, vuestra ciudadela será capturada antes de que os deis cuenta del ataque. Estad firmes en la fe una vez dada a los santos, y que nadie os seduzca con filosofías y vanos engaños.

A continuación, hermanos, es preciso que insistamos cada vez más en que *Cristo es el único legislador y el único gobernante en la Iglesia*. Tenemos sistemas de religión entre nosotros, en los cuales la organización entera es pura invención; sería imposible descubrirla en la Biblia; pero se ha dado en el método de colgarle un texto al cuello a modo de etiqueta. Tenemos por vecinos a religionarios que difícilmente tratarían de demostrar que su sistema fue jamás sancionado por el Señor y sus apóstoles. Este caso ha durado tanto que nos hemos visto obligados a tolerar toda clase de anomalías; pero tolerar no es lo mismo que aprobar e imitar. En nuestras propias iglesias, debemos ceñirnos al precedente apostólico, y seguir el mandato de Cristo en todas las cosas. No hay nombre, por venerable que sea, que tenga autoridad suficiente para justificar el apartarse de la Sagrada Escritura. «¡A la ley y al testimonio!»; si una doctrina o una ceremonia no está allí, para vosotros y para mí no está en ninguna parte; nuestra única autoridad es la Palabra del Señor.

Aún será peor si nos atrevemos a omitir cosas en los mandamientos que conocemos de Cristo. Lamento que haya disputas en la Iglesia en cuanto al bautismo y la cena del Señor; pero no es una cuestión pendiente en la Iglesia de Cristo el decidir si el bautismo y la cena del Señor han de practicarse o no. ¿Cómo es, pues, posible, que estas ordenanzas sean puestas a un lado por los que admiten que son bíblicas? Oí a alguien decir: «Si Jesús estuviera aquí ahora, vería el mal acarreado por esas dos instituciones, y las descartaría». No podemos acatar esta sentencia. No somos censores de las enseñanzas y actos de nuestro Señor. ¿No tenéis en vuestras congregaciones excelentes personas que dicen: «Sí, sé que el bautismo de los creyentes está en la Palabra; no tengo dudas acerca de ello; pero aún no me he ocupado de ello»? ¿Habéis hecho





ver a tal persona la obstinada desobediencia de tal descuido? No es el caso de la persona que dice: «No veo que esta ordenanza sea un mandamiento de la Palabra del Señor»; eso sería pecado de ignorancia. Pero dice: «Está ahí», y al mismo tiempo no se ocupa de ello, y se jacta de poder ser salvo sin obedecer. No os apresuréis a confirmar semejante declaración, pues quizá resulte que el que dice «creo en Jesús», y luego rehúsa obstinadamente guardar los mandamientos que sabe son de Cristo, no sea salvo. Desde luego, semejante persona no es salva de la desobediencia voluntaria. ¿Qué clase de fe es la que no obra por el amor, sino que opone su propia voluntad al precepto de Cristo? Es preciso que protestemos contra toda intromisión contraria a la ley del gran Cabeza de la Iglesia. Menciono el punto del bautismo como mero ejemplo; pero es preciso que seamos fervientes apremiando todos los demás puntos del mandamiento sagrado. Cristo no sólo es Salvador, sino Señor. No ha venido a su casa para que malgastemos el tiempo con Él, ni para que traspasemos sus palabras como quien baraja los naipes.

Es posible que abandonéis los mandamientos del Señor de otra manera. Supongamos que un hermano va a decidir el camino a tomar en cierto asunto cristiano; pero primero desea saber cuál es la opinión de los que aportan grandes sumas de dinero a la obra eclesiástica. Si alguno de vosotros hace esto, exclamaré: «¿Quién es en verdad tu señor? ¿Judas con su bolsa en el rincón, o el Cristo a quien besa con beso de traidor?» Sé fiel, y atrévete a todo. Si no lo hacemos así, Cristo Jesús no es legislador para nosotros. Desdeña el soborno, aunque sea encubierto, y piérdelo todo por la verdad, si es preciso.

El Señor está también ante nosotros como *ejemplo y pauta nuestra*. Predicamos la gracia de Dios, y la sangre de Cristo; pero si alguno supone que no predicamos a Cristo como ejemplo, nada conoce de nuestro ministerio; pues insistimos en que la fe debe obedecer a la voluntad del Salvador al mismo tiempo que confía en su gracia. Hemos tenido algunos entre nosotros, semejantes a la an-





UN MINISTERIO IDEAL

ciana escocesa que decía: «Ha sido un buen sermón, todo, excepto los deberes mencionados al final». Es posible que presentemos los preceptos de tal manera que despertemos la sospecha de que somos legalistas en espíritu; es preciso que evitemos cuidadosamente tal cosa. Quisiéramos predicar a Cristo como modelo perfecto, para que los santos anhelan ser hechos semejantes a Él. Es preciso que los hombres tengan el Espíritu de Cristo, pues de lo contrario están perdidos. No hay cielo alcanzable en una mera justificación legal, aparte de una obra espiritual dentro del alma, un cambio de corazón, y una renovación del entendimiento.

Una vez más, confío en que siempre tendremos a Cristo como Señor y Dios. Además de todo lo que es para nosotros, es *Señor y Dios*. Por lo tanto, conviene hablar de Él y pensar en Él con la más profunda reverencia del alma. El espíritu que juega con la Palabra de Dios y las cosas de Cristo, es casi más maligno que las acciones que de ello brotan. He leído muchas cosas que me han hecho estremecer; pero aún me ha estremecido más el estado del espíritu en que un hombre ha de estar para poder escribirlas. Cultivemos la más elevada reverencia para con nuestro divino Señor, y la más absoluta confianza en su poder y su victoria final. Confía en la mano con que Él sostiene el timón. No tengo ni sombra de duda de que su sabiduría y su poder harán que todo termine bien. Ve, pues, y habla en su nombre. Cuando hayas terminado de declarar una doctrina, manda a tus oyentes, en el nombre de Jesús, que la crean. Atrévete a hacerlo. Del modo que los apóstoles mandaban a los cojos que se levantaran, y a los muertos que vivieran, en el nombre de Jesucristo de Nazaret, mandad a los pecadores que se vuelvan a Él y vivan. El que os da fe responderá a su propia Palabra.

Prestemos ahora viva atención al tema de NUESTRA POSICIÓN PARA CON EL SEÑOR. La posición del ministro cristiano para con Cristo es un tema sobre el cual se podría hablar en muchas maneras, y durante muchos





días, y con todo, apenas se haría otra cosa que tocar el borde del mismo.

Su aspecto más sorprendente se nos aparece al meditar sobre el hecho de que así como Él ocupó nuestro lugar, *también nosotros ocupamos el suyo*. Podemos decir en verdad a nuestros oyentes: «Os rogamos en nombre de Cristo (en lugar de Cristo): reconciliaos con Dios». El Señor Jesús pone sus manos heridas sobre nuestros hombros y dice: «Como me envió el Padre, así también yo os envío». Estamos encargados de suplicar en lugar de Cristo, como Él está encargado de rogar en lugar nuestro. En su lugar, subimos al púlpito para señalar a aquella mujer enferma e ignorante la sangre de la reconciliación. Le sustituimos en el púlpito, y hablamos de pecado, justicia y juicio venidero. Ocupamos su lugar para clamar: « ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! » Amados hermanos, ¿nos damos cuenta siempre de que no sólo estamos trabajando para Cristo, sino ocupando su lugar? ¿Podríamos presentar algunos de nuestros sermones como predicados sustituyendo a Cristo? ¿No esperaríamos que nuestra conciencia nos reprendiese si hiciéramos tal afirmación? Algunos de nuestros oyentes, si no lo dijeran, por lo menos pensarían: «Si ese sermón ha sido predicado ocupando el lugar de Cristo, lo cierto es que hay una gran diferencia con lo que hubiera sido si Jesús hubiese hablado personalmente». Desde luego, sería necesario que hubiera una diferencia en el sentido de menor autoridad y capacidad divinas; pero no debiera haberla en cuanto a propósito fiel y fervoroso.

Es preciso que supliquemos a los hombres ocupando el lugar de Cristo; y eso impedirá que seamos parciales. No pensaremos solamente en la minoría de los ricos y los educados; sino que, como Cristo hizo, pensaremos en los muchos. Jaime V de Escocia era conocido como «rey de los pobres», porque todos los campesinos que lo deseaban podían obtener de él audiencia. ¡Ojalá que el Señor nos haga predicadores de los pobres!, pues de otro modo, ¿cómo podremos ocupar el lugar de Cristo? En su ministerio,





UN MINISTERIO IDEAL

el Evangelio era predicado a los pobres. Si en nuestra congregación hay uno que está enfermo, que es más pobre, más ignorante que otro, busquémosle primeramente, por amor a Cristo. No afectemos una dignidad presuntuosa, mas sintámonos unidos a los desvalidos, los pobres, los caídos, como Jesús hacía.

Si estamos ocupando el lugar de Jesús, no forzaremos, sino que persuadiremos cariñosamente. Sentiremos verdadera solidaridad con los pecadores, y así les suplicaremos hasta las lágrimas, como si su ruina fuese nuestro dolor, y su salvación nuestra dicha. Lloraremos por ellos, porque Jesús lo habría hecho; y tendremos paciencia con ellos, a causa de Su divina longanimidad. Velaremos en espera de las oportunidades, y las emplearemos con perseverancia; pues así lo habría hecho Jesús. Trataremos a nuestros oyentes como el pastor a su oveja perdida, y no descansaremos jamás hasta que los traigamos al hogar sobre nuestros hombros con gozo; pues así hacía el Señor.

Esta posición nuestra, sustituyendo a Cristo, es de gran responsabilidad; necesitaremos mucha gracia para soportar el peso. Portaos bien, hermanos cristianos, pues lleváis un gran Nombre. No manchéis el Nombre del santo Jesús. Fue vergonzoso cuando Sheridan, al ser recogido en el arroyo, dio al guardia el nombre de «Wilberforce». ¡Qué ofensa tan cruel para el Señor Jesús, cuando un ministro rudo, orgulloso u holgazán, da su nombre diciendo que actúa en sustitución de Cristo! Dios perdona tamaña injusticia: es verdaderamente repugnante. Si estás en verdad sustituyendo a Cristo, ¡qué clase de persona has de ser! ¡Que Dios te ayude a ser digno de la embajada a la que has sido enviado!

Por lo tanto, hermanos, *es preciso que amemos a los pecadores por causa de Cristo*. ¿No hay muchos en vuestra congregación a quienes no podríais amar por otra razón? ¿Podría el Señor Jesús haberte amado por tus méritos? Te amó y me amó por una razón que Él halló en Su propio corazón; y así es como debemos amar a nuestros oyentes, por causas que no están tanto en ellos como en nuestros





propios corazones. Él «me amó y se entregó a Sí mismo por mí»; y si ahora me dice: «Ama a otros, y entrégate por ellos», ¿no he de hacerlo? Es preciso arrojar de nosotros toda predisposición al enojo. Es preciso que los caídos, los frívolos, los capciosos, los indiferentes, y hasta los maliciosos participen de nuestro amor. Hemos de amarlos para que vayan hacia Jesús. Con cuerdas de hombre y lazos de amor, hemos de atraerlos. Nuestra misión es perpetuar en la tierra el amor del Salvador.

Más aún, vuestra relación con Cristo es de tal naturaleza que tenéis que «cumplir lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia». Sus padecimientos expiatorios han terminado; ninguno de nosotros puede poner pie en aquel lugar. Pero aquellos padecimientos por los cuales las almas son ganadas para Cristo están lejos de haber terminado. Toda la hueste de los mártires ha derramado su sangre y muerto para mantener viva la verdad con objeto de que llegara a nosotros, para que por la verdad los hombres puedan aún ser traídos a Jesús. Todo el que sufre soportando dolor, o difamación, o pérdidas, o molestias personales, por causa de Cristo, está cumpliendo la cantidad de sufrimiento que es necesaria para reunir todo el cuerpo de Cristo y edificar su Iglesia escogida. « ¡Ay! » exclama un ministro, «me han tratado realmente de modo vergonzoso». Sí, y hombres más dignos han sido aún peor tratados que tú. Ni siquiera necesitas mirar a tus compañeros de milicia para encontrar tus iguales en el sufrimiento: considera cómo tu mismo Señor «sufrió tal contradicción de pecadores».

Cuando Alejandro condujo a sus hombres hasta Persia, y tuvieron que atravesar una auténtica montaña de hielo y nieve, estaban a punto de dar media vuelta, y en vista de ello Alejandro se apeó de su caballo, tomó una herramienta para cortar el hielo, y avanzó, metido a veces hasta la cintura en la nieve, partiendo los bloques de hielo y abriendo camino. Entonces los macedonios se dieron cuenta de que serían capaces de abrirse paso por toda la tierra si Alejandro iba al frente de ellos. Teniendo a Cristo vuestro





UN MINISTERIO IDEAL

Señor abriendo el camino por medio de las agonías de la cruz, ¿no le seguiréis a donde vaya, cumpliendo la medida que falte de esfuerzo, labor y sufrimiento, para la salvación de aquellos a quienes Él ha redimido con Su sangre? Nada hubo más conmovedor en nuestras súplicas de esta mañana que las oraciones de los que habían sido grandes afligidos. Por el sufrimiento viene la bendición. Cuando el Señor quiere dar vino a su pueblo, para que nuestros festivales estén llenos de gozo, ¿qué hace? Dice: «Llenad estas tinajas de agua». Es preciso que seamos llenados de aflicciones hasta el borde. Hemos de conocer toda la aflicción de que seamos capaces, y entonces Él dirá: «Sacad ahora». Así empiezan Sus milagros; y algunos de nosotros nos gozamos de que no sólo fue así en Caná de Galilea, sino que sigue siendo así en esta isla.

¿No creéis que todavía cometemos equivocaciones en cuanto a lo que será bendición? En la cuestión de la curación por fe, se nos presenta la salud como si fuese aquello que conviene desear por encima de toda otra cosa. ¿Es así? Me atrevo a decir que la mayor bendición terrenal que Dios puede dar a cualquiera de nosotros es la salud, *con excepción de la enfermedad*. La enfermedad ha sido frecuentemente más útil que la salud a los santos de Dios. Que yo sepa, si algunos pudieran verse favorecidos con un mes de reumatismo, tal cosa, por la gracia de Dios, los maduraría maravillosamente. Desde luego necesitan algo mejor para predicar que lo que ahora transmiten a su congregación; y es posible que lo aprendieran en el lecho del dolor. No deseo para nadie un período prolongado de enfermedad y dolor; pero un retortijón de vez en cuando casi vale la pena pedírselo. Una enfermedad de la esposa, una tumba recién abierta, la pobreza, la difamación, la depresión del espíritu, podrían enseñar lecciones que en ninguna otra parte se aprenden tan bien. Las pruebas nos empujan hacia las realidades de la religión. Es posible que os alimentéis de cascajo hasta que tengáis un verdadero trabajo que hacer, o una pena auténtica que soportar; entonces es cuando deseáis el grano viejo de la





EL MINISTRO EN NUESTROS TIEMPOS

tierra, y es preciso que lo obtengáis, porque de lo contrario desmayaréis y fracasaréis.

Nuestras aflicciones se nos convierten en bendiciones, aunque presenten aspecto amenazador. Me han contado la historia de alguien que era generoso pero muy excéntrico. Un hombre que estaba muy endeudado pasó ante su puerta, y él sabía que el infeliz estaba muy afligido por sus deudas. Un día, este hombre excéntrico y rico, aunque era generoso, tuvo la crueldad de echar una abultada bolsa al pobre deudor. El pobre hombre fue alcanzado por el proyectil, y miró para ver qué era. No vio a quien le había causado el daño. Recogió la bolsa, oyó el tintineo de las monedas, y cuando la abrió, halló lo suficiente para pagar sus deudas, y oyó una voz que decía: «Guárdatela». Nunca denunció al excéntrico por haberle acometido; sino que le dio las gracias por el regalo. Muchas veces la Providencia, con mano ruda, ha echado incontables beneficios a nuestro paso en forma de pruebas de la fe, que es mucho más preciosa que el oro. Bendito sea el Señor, pues nuestra contusión temporal pronto se olvida, pero la ganancia espiritual permanece para siempre. En todo caso, la causa de nuestro Señor Jesucristo es nuestra causa, y estamos unidos a Él en una comunión que no puede ser quebrantada, pase lo que pase. Hemos calculado el coste, y podemos decir: «De ahora en adelante nadie me sea molesto. Soy esclavo marcado de Jesús, y mi oreja está agujereada para Él».

Asimismo, *nuestra posición para con nuestro Señor será más práctica cuando nos demos cuenta de lo que ha hecho por nosotros*. No creo que siempre percibamos con claridad lo que ha hecho realmente en favor nuestro. Decimos: «Somos pobres, pero Cristo nos hace ricos». ¿Por qué no decimos: «Somos ricos, pues Cristo nos ha hecho tales?» Nuestra pobreza ha fenecido, y hemos venido a ser ricos en Cristo. Hermanos, Él nos ha llamado «de las tinieblas a su luz admirable». Cuando predicamos sobre el texto, somos propensos a extendernos considerablemente sobre las tinieblas de la naturaleza; pero, ¿no sería tam-





UN MINISTERIO IDEAL

bién conveniente ser aún más extensos cuando hablamos de la «luz admirable»? ¿Tenemos la experiencia actual que nos lleve a hacerlo? ¿Por qué damos tanto énfasis a las palabras del apóstol: «Cuando soy débil». ¿Acaso no podemos subrayar igualmente las palabras que vienen a continuación de dicho texto: «entonces soy fuerte»? Las bendiciones del Señor son realidades, no fantasías; tratémoslas como a tales. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados»; ¿por qué emplear todo el tiempo en el hambre y la sed? ¿No estamos saciados? Si no es así, ¡hártanos, Señor! Pero si estamos saciados, experimentemos y prediquemos la dulzura del pan celestial, y recomendémoslo con corazones alegres a nuestros oyentes. Pasemos al aspecto luminoso de nuestra religión, y no estemos siempre repitiendo lo que somos en nosotros mismos. «Las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra». Estamos ahora en Cristo Jesús. Éramos lo peor, pero somos lavados, limpios. ¡Cuánto deseamos el disfrute abundante de las bendiciones actuales del pacto! ¡Cuánto deseamos gracia para decir lo que hallamos! Como el siervo de Abraham cuidó de hablar ampliamente de las riquezas de su amo, y de mostrar los objetos preciosos que había traído consigo de la casa, tratemos también de ganar corazones para nuestro gran Señor, mostrando quién es, lo que tiene, y lo que personalmente conocemos de Él.

Creo también que *haremos bien en estar ante Cristo como estando conscientes de su poder y presencia*. El Señor está con nosotros. Lo más importante es que está con nosotros de hecho y en verdad. Si estamos con Jesús, y predicamos su verdad, Jesús está sin duda con nosotros; pues Él ha dicho: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Esa promesa no fue un bonito final de poema: es cierto que está con nosotros en esta hora. Creémoslo, y actuemos en consecuencia. Si no sentimos siempre la proximidad de su luz, volvámonos, como las flores, en dirección al sol. Cuando éste no brilla, las flores saben dónde hay más luz, y sus rostros se vuelven





en aquella dirección. Seamos auténticos heliotropos o girasoles. Cuando subimos al púlpito, miremos e inclinémonos en dirección a Cristo. ¡Qué lugar tan maravilloso es el púlpito cuando Jesús está allí! En el estudio, cuando nos sentamos y empezamos a rascarnos la frente, preguntando ansiosamente: «¿Sobre qué vamos a predicar?» Volvámonos hacia el Señor, y oremos con la ventana abierta en dirección a su cruz y a su trono. ¡Ojalá siempre sintamos una influencia que nos empuje hacia Cristo cuando la Biblia está abierta ante nosotros! Si es así, toda nuestra flaqueza desaparecerá, pues Su poder será recordado.

Cuando estés preparándote para la gran lucha contra el pecado, y estés haciendo cuentas sobre las fuerzas que están en el bando de la justicia, no dejes de recordar a Jesús. Te has apuntado a ti mismo, pero esto representa menos que nada. Ahora anotas a tus diáconos, y aunque los estimas y les tienes gran cariño, son también como nada. Tienes un grupo de amigos y obreros que oran por ti; pero la suma total no es sino unos cuantos ceros. ¿A qué equivalen todos estos ceros.? Tu desconfianza clama: «Aquí no tengo nada, nada». Poco valen estas cuentas para alimentar tu confianza; pero aún no has terminado. ¿Qué vas a colocar delante de todos esos ceros? ¿Dónde colocarás al Infinito? Si lo colocas después de estas cifras, como en un número decimal, reduces el uno a una diezmilésima. Cada cero de los que se colocan delante del UNO roba su gloria, y le hace menguar. Pero si Él es puesto en primer lugar, delante de las cifras, ¡qué suma tan enorme! Esto no es fantasía; es aritmética pura. Ve y compruébala, y ve si no resulta matemáticamente cierto en el mundo espiritual. Aunque solos somos impotentes, el Señor está con nosotros.

Evidentemente, algunos predicadores no creen que el Señor esté con su evangelio, porque, para atraer y salvar a los pecadores, su evangelio es insuficiente, y han de añadirle invenciones humanas. Es preciso añadirle un suplemento a la sencilla predicación del Evangelio; por lo menos, así lo piensan. Brígida estaba ocupadísima cazando





UN MINISTERIO IDEAL

y matando moscas. Su señora le dijo: «¿Qué haces?» Ella replicó: «Vea usted, señora, hemos comprado algunos papeles cazamoscas, para atraparlas; y como ellas no vienen por sí mismas, yo las estoy pegando en el papel». No me interesan los papeles cazamoscas de este tipo. Si el Evangelio ha de ser un fracaso a menos que traigamos a las personas por métodos extraños, es mal negocio. Si el papel cazamoscas no las atrae y las retiene, quizá es mejor que quememos el papel. Si tu evangelio no es capaz de traer a las gentes a oírte, y si cuando vienen, no influyen en ellas y las convierte, renuncia. Abre una cafetería, o introdúctete en el comercio; pero no digas que tus charlas ineficaces son el bendito Evangelio. Si no eres consciente de un poder y una presencia sobrenaturales con la Palabra de Dios, déjalo. Alguien me decía: «Usted pide a los pecadores muertos que crean». Me reconocí culpable, pero le dije que pensaba hacerlo de nuevo. Él replicó: «Yo no sabría hacerlo, me daría la impresión de que era inútil». A lo que yo contesté: «Es posible que para usted sea inútil hacerlo, pues no tiene la fe necesaria; pero, dado que creo que Dios me manda hacerlo, transmito el mensaje en el nombre del Señor, y los pecadores muertos creen y viven». No confío en que el pecador muerto tenga poder para vivir, sino en que el Evangelio tiene poder para hacerle vivir. Ahora bien, si tu evangelio no tiene el poder del Espíritu Santo, no puedes predicarlo con confianza, y eres tentado a organizar una función en el aula grande para atraer a las gentes a quienes Cristo crucificado no atrae. Si dependes de las reuniones musicales, los violines y las funciones semiteatrales, estás desacreditando la religión que pretendes honrar.

Asimismo, queridos amigos, *nuestra posición respecto al Señor es la de esperar su venida*. No sé hasta qué punto la mayoría de vosotros os sentís profundamente afectados en cuanto a la grata verdad de la segunda venida; pero confío en que muchos creéis en ella, y sois vivificados por esta fe. Esa gran esperanza está ganando terreno entre los amantes de la doctrina Evangélica. Al prin-





EL MINISTRO EN NUESTROS TIEMPOS

cipio, los ministros parecían algo temerosos de esta gran creencia, a causa del fanatismo que se supone engendra. También ciertos charlatanes causan grandes daños al pretender que saben el día y la hora en que el Señor vendrá. No nos es dado conocer los tiempos y las sazones; pero *el Señor vendrá*. Ya está en camino ahora, pues dice: «He aquí, yo vengo pronto». El Señor puede venir muy pronto; ciertas señales alientan nuestras esperanzas hasta alturas muy grandes. El amor de muchos se enfría, y el diablo está más ocupado que nunca; y esto último no es señal dudosa. Cuando veis al campesino que empieza a quemar las puertas y a derribar los setos destapar los graneros, etcétera, decís: «El arriendo de esa persona ha expirado». Satanás se enoja enormemente cuando sabe que su tiempo es breve. En el caso del niño endemoniado, leemos: «Mientras se acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sacudió con violencia». Sabía que iba a ser expulsado, de modo que hizo lo peor que pudo. El doble velo de los cielos sólo se reviste en la parte más oscura de la noche que precede a la aurora del día. Cuando se dobla la cuenta de los ladrillos, aparece Moisés; y lo mismo se aplica a nuestro Liberador, que es mayor aún. Tomemos aliento, y esforcémonos; pues mientras exaltamos a Cristo y glorificamos su nombre, Él está en camino para intervenir en la disputa de su pacto, y arrollar absolutamente a sus enemigos.

Finalmente, dos o tres palabras sobre NUESTRA POSICIÓN COMO INDIVIDUOS. Quizás alguna frase pueda llegar con poder a este o aquel hombre.

Permitidme que os aconseje *ser cabales*. Deseo con toda mi alma que tengamos entre nosotros más hombres en la plenitud del vigor espiritual y mental. Lo que más falta en este período son hermanos que conozcan el Evangelio por sí mismos, que hayan tenido una experiencia personal de su poder, que lo hayan probado como se prueba la plata en un horno de barro, y que le den tal valor, que antes perderían la vida que renunciar a este Evangelio.





UN MINISTERIO IDEAL

Tenemos demasiados entre nosotros que suelen ir a donde se les conduce, y que sin falta nadarán en la dirección correcta si la corriente es lo suficientemente fuerte para llevarlos consigo; esto está muy bien cuando el viento sopla desde donde debe, pero en los casos de mal tiempo son de poca utilidad. En esta hora hay un llamamiento que pide hombres capaces de afrontar el torrente y nadar río arriba. Necesitamos héroes dispuestos tanto a ir solos, si es necesario, como a andar junto a mil camaradas. Necesitamos hombres que piensen por su cuenta, y no lo dejen a un lado con la colada. Han comprendido la verdad; y habiendo ido a Dios con ella, y después de sentir el poder de esta verdad en sus propias almas, no permiten que se les aparte de la esperanza de su vocación. Son columnas de la casa de nuestro Dios, y habitan en tales lugares; y no son meras orugas, de las que se arrastran buscando algo que comer. Necesitamos capitanes para la nave celestial, que conozcan la longitud y la latitud en donde se encuentran, y puedan decir de dónde vienen y a qué puerto se dirigen. Nuestro comandante necesita guerreros de verdad para esta hora de lucha. Actualmente, un hombre es más precioso que el oro de Ophir. Dependere en estos días del juicio de los amigos o del de los enemigos, es ser meramente medio hombre. Levantémonos ante el Dios viviente en toda integridad, y no busquemos la protección de sociedades o individuos. ¿Estáis todos en este estado? Me temo que los que dependen de Dios son aún pocos. Tenemos aún miembros en nuestras iglesias que no saben si un sermón ha sido bueno hasta haber consultado a aquel anciano que es su oráculo. Algunos no tienen opinión hasta que han estado en «la reunión fraternal». Han de oír la campana de la oveja que va delante antes de saber por dónde hay que ir; pues ni oyen ni conocen la voz del Maestro. Hermano, necesitarás el Espíritu en tu propia alma; pues la senda de la justicia pasa por tierras solitarias, y si no te atreves a ir solo, nunca alcanzarás la Ciudad Celestial.





A continuación, es preciso que en estos tiempos aprendamos a *seleccionar nuestras compañías*. Cuando un hombre anda en la justicia, que no transija asociándose con los que no tienen una posición clara. ¿Por qué dejarse arrastrar y hundir a causa de estar agarrado a los restos de un naufragio que se están hundiendo? Estar en continua conversación con los que no tienen afinidad con las grandes verdades del Evangelio, es correr peligro perpetuo. Por mi parte, encuentro que la asociación con personas de posición relajada es demasiado dolorosa para mí. Los hombres de mentalidad mundana son compañía mezquina para las mentes espirituales. Los hombres con puntos de vista nuevos, hábitos licenciosos, y conversación poco espiritual, son igualmente incómodos como amistades, especialmente cuando pretenden ser muy ortodoxos, y al mismo tiempo no creen nada de la antigua fe. Libraos de toda relación que ponga en tela de juicio vuestra propia felicidad. No habléis de separación de lo que es malo, permaneciendo al mismo tiempo en comunión con ello. Sed tan castos en vuestras compañías como en vuestras personas, pues de lo contrario sólo podéis esperar males.

Además, *vivid vidas santificadas*. No puedo decir esto con suficiente énfasis. Quisiera dejar ese clavo bien clavado. Sed santos, pues servís a un Dios santo. Si hicierais un regalo a un príncipe, no le buscaríais un caballo cojo; no le ofreceríais un libro del que hubiesen sido arrancadas algunas hojas, ni le llevaríais un reloj cuya maquinaria estuviese estropeada. No, a aquél a quien honraseis y amaseis, le daríais lo, mejor de lo mejor. Dad lo mejor que tengáis al Señor. Procurad estar en las mejores condiciones posibles cuando le sirváis. Pedidle que os haga perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad, y entonces presentaos a Él como sacrificio vivo. Que ninguno de nosotros predique un sermón y luego tenga que pensar: «Podría haberlo hecho mejor, pero estuvo bien para un público tan escaso». Un miércoles por la noche, en una casa de campo, aunque no haya más de media docena de oyentes, y aunque esos sean ancianas, haced todo lo que





UN MINISTERIO IDEAL

podáis. Nuestro mejor fruto es de por sí pobre. *Nunca deis algo en vez de lo mejor* que podéis dar. Reservad para dar lo mejor y más completo que podáis producir para Cristo; que vuestra vida entera sea el esfuerzo más noble de que sois capaces. Decía anoche que el ministro que puede hacer más y no lo hace, es un haragán. Y así es. Es preciso que hagamos todo lo que podemos, y que lo hagamos de la manera más perfecta que sepamos, pues de lo contrario somos unos holgazanes. El que puede decir en verdad que ya no sabe hacer más, y que si supiera hacer algo más lo haría en seguida, ha llegado al punto que desea Cristo. ¡Cuán pocos de nosotros podríamos en conciencia afirmar que hemos seguido este camino!

Sed diligentes en la acción. Preparad todas las herramientas. Usad todas las facultades para Jesús. Estad despiertos a las oportunidades, y sed rápidos en aprovecharlas. Creed que la menor de las esferas tiene en sí gloriosas ocasiones de ensanchamiento. En un pequeñísimo pueblo, se pueden obtener resultados infinitos. Si un lugar está evangelizado, dirigíos a otro; y haced siempre como los habitantes de un terreno común, usando una valla plegable, que cada vez pueda abarcar más terreno. El contentarnos con lo que hacemos ha de estar lejos de nosotros, mientras hay todavía tantísima tierra que poseer. ¡Ojalá que alimentéis a vuestros rebaños como pastores, y los aumentéis siendo evangelistas! En este aspecto, sed fértiles, multiplicaos, y henchid la tierra. Es preciso que usemos todas las energías, y que tengamos en estos tiempos un espíritu aventurero y laborioso, para que podamos dar el jaque mate a las incesantes actividades del príncipe de las tinieblas.

En último lugar, deseo despediros con las siguientes palabras en vuestros oídos y en vuestro corazón: *Sed confiados en espíritu.* No vamos siquiera a tolerar un solo pensamiento de temor. Hace años, solían acusarme de ser demasiado vehemente, petulante y jocos; pero últimamente la acusación ha variado, y ahora se me denuesta como desesperado, bilioso y morboso. Afirmando que mi inocen-





EL MINISTRO EN NUESTROS TIEMPOS

cia está bien clara. ¿Habéis leído *Las Vinagreras* (1), escrito por una persona morbosa, que nunca sonrío, que es pesimista, alarmista, y sueña con horribles catástrofes que nunca ocurren? Esta descripción debe haber sido originalmente compuesta para hablar de otra persona. Protesto y afirmo que soy tan alegre como puedo permitírmelo. Si he sufrido tan gran transformación de estados de ánimo como para pasar de la alegría a la melancolía, es bien extraño que no me haya dado cuenta en lo más mínimo. No puedo apoyar la afirmación de que he perdido mi tendencia al humor, pues me ocurre todo lo contrario; y si no vigilara, llegaría a ser demasiado jocoso.

Algunos me han compadecido porque estoy en contra de tantos; pero pueden ahorrarse tal compasión, o dedicarla a los que están en el otro bando. Hace años, cuando prediqué un sermón sobre la regeneración bautismal, mi venerable amigo el doctor Steane, me dijo: «Se ha metido usted en agua hirviendo». Le contesté: «No; no noto que el agua hierva. La verdad es muy otra. Me siento perfectamente cómodo; no soy más que el fogonero, y otras personas están en el agua hirviendo, y hago todo lo que puedo para que hierva tanto que se alegren de salir de ella». No deseamos luchar; pero si lo hacemos, esperamos que los que necesiten conmiseración sean aquellos contra quienes contendemos. El agua caliente no me llega cerca, ni siquiera me llega a los ojos una oleada de vapor. Estoy dispuesto a que me ocurra lo que es inevitable que le ocurra al hombre que protesta completamente en serio; es decir, estoy dispuesto a ser objeto de críticas, malentendidos y tergiversaciones. El coste fue calculado hace tiempo, y de modo tan amplio, que no hay peligro de que sea sobrepasado. «Sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día». No cabe el temor; por lo menos, no veo que quepa mientras nos aferramos a la verdad. Nunca habéis cono-

(1) *The Salt-Cellars*. Colección de Proverbios, con notas familiares. Por C.H. SPURGEON, 2 vols.





UN MINISTERIO IDEAL

cido a un viejo lobo de mar apurado porque la marea esté descendiendo durante horas. ¡No! Espera confiadamente el cambio de marea, que llega a su debido tiempo. Aquella roca emerge desde hace media hora, y si el mar sigue descendiendo durante semanas, no habrá agua en el Canal de la Mancha, y los franceses vendrán a pie desde Cherburgo. Nadie habla tan puerilmente, pues semejante bajamar no ha de ocurrir nunca. Tampoco hablaremos como si el Evangelio hubiese de quedar descalabrado, y la verdad eterna arrojada de este país. Servimos a un Señor todopoderoso. Pompeyo, cuando le preguntaron qué haría si sus enemigos le atacaran, replicó: «Si levanto la mano, Italia entera hervirá de soldados». Así se jactaba; pero no es jactancia decir que si el Señor levanta la mano, puede conquistar para sí todas las naciones de la tierra frente al paganismo, al mahometanismo, al gnosticismo, al pensamiento moderno, y a todos los demás inmundos errores. ¿Quién es el que puede dañarnos si seguimos a Jesús? ¿Cómo podría ser derrotada Su causa? Ante el poder de Su voluntad, los convertidos acudirán a Su verdad tan numerosos como las arenas de la mar. ¿Acaso no está escrito: «Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora, tienes tú el rocío de tu juventud»? Por lo tanto, tened buen ánimo, y proseguid el camino cantando: Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob.»

